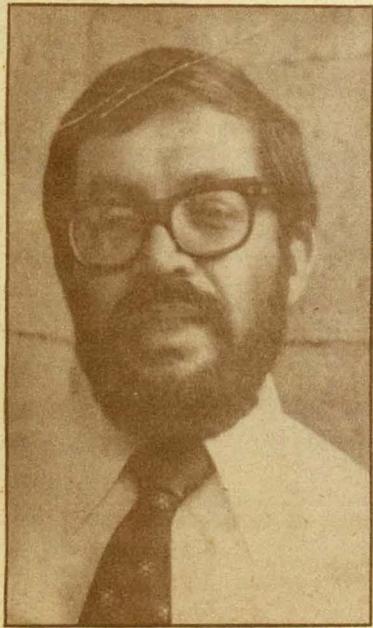


Los ingratos mexicanos y el Embajador Gavin

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Una cena que empezó por guardarse casi en secreto, y que al provocar su difusión un escándalo no carente de significados políticos, ha derivado en una manifestación más de la prepotencia del gobierno de los Estados Unidos frente al nuestro. Una de las formas de esta expresión fue protagonizada por el embajador John Gavin, quien ante una agrupación internacional en Los Angeles enlistó la suma de los beneficios que los mexicanos hemos obtenido de la administración Reagan, a cambio de lo cual aquélla sólo ha cosechado suspicacias, falta de gratitud e incomprensiones.

Conviene detenerse en varios hechos que configuran el actual estado de las relaciones entre México y los Estados Unidos, y del cual la intervención de Gavin es la parte más visible en este momento. Vengamos primero a la reunión que dio origen a todo el episodio, y examinemos sus consecuencias y circunstancias concretas, que son las que importan, porque cenas como la de Hermosillo se habrán celebrado multiplicadamente, pero no con los protagonistas ni en la coyuntura de la del 22 de abril.

En ella se congregaron líderes panistas de Sonora, singularmente el precandidato al gobierno de esa entidad por ese partido, Adalberto Rosas, funcionarios de la embajada de los Estados Unidos, empresarios no identificados públicamente y hasta ahora con el panismo, y el arzobispo de Hermosillo, a quien no falta desorientada opinión que en alguna oportunidad haya querido poner en el mismo espacio de don Sergio Méndez Arceo, como si representara la vanguardia en el Episcopado mexicano. A la denuncia posterior de esos hechos se ha querido responder banalizando la reunión, por un lado, y recordando, por otra parte, como el propio embajador Gavin lo ha hecho, que conversaciones semejantes han sostenido funcionarios de la embajada y él mismo con dirigentes de otros partidos. El Partido Revolucionario de los Trabajadores, por su parte y de modo espontáneo se apresuró a informar que también el trosquismo ha sido convidado a platicar con miembros de la representación diplomática estadounidense, y que ello no tiene ribetes de complicidad de los que ellos puedan avergonzarse.

(El embajador Gavin, por cierto, formuló consideraciones que desdican de su calidad de diplomático, si por ello hemos de entender no la simulación sino la capacidad para presentar las verdades de modo suave y no agresivo. Arguyó, de nuevo en abstracto, que miembros del partido que no tiene el gobierno en su país fueron invitados por el Presidente López Portillo y aun por el canciller actual, don Bernardo Sepúlveda y que, como dicen los muchachos, nadie la hizo de tos. Fue todavía más allá al decir que no renunciará al derecho de seguir reuniéndose con miembros de los partidos minoritarios, derecho que por supuesto le asiste, pero que expresado como lo hizo entraña un virtual desafío a la prudencia política).

En efecto, nada tiene de malo que un embajador o diplomático se encuentre con miembros y líderes de partidos, ya sea el que gobierna o de la oposición. A la asamblea de creación del PSUM asistieron representantes y aun embajadores de países socialistas acreditados en México, y sólo a mentalidades obtusas se les hubiera ocurrido imaginar que allí se estaban fraguando conspiraciones con el auspicio del oro del Kremlin. Son conocidas las buenas relaciones del propio PRI con el gobierno de Alemania Federal (sobre todo cuando era socialdemócrata) o con el de Washington mismo, y tampoco

ello suscita inquietud ni resquemor alguno. No es un ánimo faccioso, sin embargo, lo que condujo a una situación diferente en el caso de la cena de Hermosillo, aunque se quieran extraer del episodio consecuencias descabelladas, planteadas ellas sí con espíritu de secta, como lo hace el PPS cuando solicita la supresión del registro como partido al de Acción Nacional.

Sonora tiene una situación política y social peculiar. Su condición fronteriza ha permitido el aliento de un espíritu proyanqui en algunos sectores medios de la sociedad. No se trata aquí de repetir el lugar común, por lo demás frecuentemente desdicho en la práctica, que supone desnacionalizados a todos los habitantes de las entidades fronterizas. Tal calificación olvida que, al contrario, en muchos estratos de las sociedades colindantes con los Estados Unidos tal circunstancia ha servido para acendrar la conciencia mexicanista. Pero en Sonora se oye a menudo, en conversaciones corrientes, la expresión de un profundo desdén por las cosas nuestras y el deseo de que la civilización y la política estadounidense se establecieran de una vez y para siempre allí. Una de las características más explotadas por el PAN para encomiar la administración de Rosas en Ciudad Obregón (donde ganó las elecciones en 1979), fue que la ciudad estaba tan limpia y tenía una policía tan confiable, que parecía de una de las ciudades medias de Arizona donde se compendian los anhelos de vivir y ser de esta porción de la sociedad sonoreense que suspira por las barras y las estrellas.

A ello hay que añadir otras circunstancias. En el campo sonoreense se ha creado, por efecto de diversas políticas gubernamentales, un grupo muy poderoso de propietarios agrícolas y ganaderos, con fuertes ligas con el poder político local, y a veces también con el federal. La expropiación de tierras que a última hora realizó el gobierno de Echeverría fue particularmente lesiva para esos grupos no tanto por la afectación en sí misma, toda vez que el gobierno siguiente, el de López Portillo les brindó una pronta y generosa indemnización, sino por que ello significó una falta de respeto a reglas del juego que por ser bien conocidas por ellos les ofrecían amplia oportunidad de medro político y económico. Esta especie de traición — así parece haberse percibido allí la expropiación — ratificó tendencias que hasta entonces no había sido necesario explicitar (porque el PRI servía para el mismo propósito) y que consistió en el apoderamiento de un aparato político y electoral al servicio de los intereses concretos e inmediatos de los señores de la tierra en Sonora.

Por la existencia de esas realidades en esa entidad, la reunión de panistas, empresarios, un obispo y funcionarios de la embajada de los Estados Unidos no puede ser interpretada en el vacío, sino inserta en esa realidad. Por eso no puede ser admisible la explicación de que ningún propósito específico reunió a los asistentes, salvo el de beneficiarse con la sabrosa comida, la generosa bebida y la inteligente conversación que allí circularon.

El reto del embajador Gavin al gobierno de México al asegurar que seguirá comportándose como al gobierno de México le gustaría que el embajador no se comportara, es parte de la actitud hostil que Washington observa para con nosotros. Aun si fuese verdad que la imprevisión condujo a los legisladores de los Estados Unidos a olvidar que su periodo de sesiones no había terminado a fines de mayo, cuando estaba programada la reunión parlamentaria con sus homólogos mexicanos, y por ello solicitaron un aplazamiento, el efecto real de ese hecho se suma al de la actitud de Gavin; a las consecuencias de la falta de acuerdo sobre las ventas de gas de México a EU, que redundan en disminución de ingresos agravantes de nuestra crisis, y a la deportación creciente de indocumentados.

Otras indicaciones se pueden aportar en este mismo sentido. Ni siquiera es necesario hacerlo, como tampoco lo es esforzarse por hallar la razón de tal conducta. Allá y acá todo el mundo sabe que Centroamérica es la clave. Ojalá todo el mundo tenga claro, también, que ceder en ese punto no sólo no borraría este oscuro panorama sino que lo ensombrecería aún más.